

# Capítulo 19 - - Luces Pálidas

Era un camino largo y estrecho.

Más allá de los bosques, donde las rocas se encontraban con las montañas, un túnel se adentraba en la roca. Angharad estaba demasiado agotada hasta el punto de apenas poder claudicar hacia adelante a través de él. Había faroles y escaleras, el camino serpenteaba llevándolos de regreso al exterior — a un lado de la montaña, con solo una barandilla de madera precaria que impedía la caída vertiginosa de abajo — antes de ascender en un zigzag irregular. A lo lejos, vio una isla oscurecida, un reino de monstruos y oscuridades, con las estrellas firmemente fijadas arriba en la corona del firmamento. El viento gemía con lamento, sacudiendo la barandilla, y nunca había sentido que hubiera alcanzado algún borde del mundo.

¿Eso era lo que habrían sentido, acaso, en su madre?

No, no podía ser. Angharad no sentía maravilla ni alegría. Solo la sangre secándose en su rostro, el corte en su cuero cabelludo picándole, y el olor a corrupción y tierra contra la que se había retorcido. Sus extremidades parecían de plomo, su cabeza giraba como una veleta. No había habido descubrimiento alguno aquí, ni horizonte recuperado desde las tinieblas. Solo había cortado y sido cortada, hasta que la hicieron arrastrarse entre la vergüenza y los cadáveres. Había ganado en honor, o al menos lo más cercano que su sable podía alcanzar a eso, pero ahora parecía una cosa pasajera. Angharad se obligó a subir las escaleras, su movimiento hipnótico en zigzag ascendiendo por la ladera de la montaña, pero el tiempo se escapaba entre sus dedos como arena.

¿Cuánto tiempo había estado caminando?

Cada farol, cada paso, se sentía igual y no había señal del santuario prometido. ¿No había prometido Song esperarla? Pero allí estaba, sola. Angharad lióse los labios secos, pero solo el salitre de la sangre craquelada en ellos. Un paso más, se dijo a sí misma. Siempre un paso más, hasta llegar a los faroles amarillos y su promesa de seguridad. Tropecó, cayendo de rodillas, demasiado exhausta para emitir más que un gemido de dolor. El viento la imitó, burlón. Se volvió para reprenderlo, para soltar algo del grito atrapado en su garganta, pero la visión se le nubló.

Sintió que sus rodillas cedían y estalló un dolor intenso, luego nada.

--

Calor y frescor. Una manta sobre ella, pero debajo, la piedra le arañaba la espalda.

“- debería estar bien, no ha perdido tanta sangre como para morir por ello.”

Al abrir lentamente los ojos, Angharad gimió por el ardor brillante de los faroles. Cubrió su visión con la mano, notando que su movimiento era lento, como si acabara de pasar por un esfuerzo

grande. En muchos aspectos, así era.

“Ah,” dijo una voz que reconocía. “Ya estamos con nosotros, señora Tredegar.”

Sus ojos grises la miraron, el aprendiz de médico — si es que realmente lo era — Tristan, que le limpiaba las manos con un trapo sucio, la observó mientras se inclinaba. Notó que tenía un ojo negro e hinchado.

“Yo-” intentó Angharad, pero su boca parecía llena de algodón.

Tragó saliva, lo que ayudó un poco.

“¿Dónde estamos?” logró preguntar.

“En la escalera al santuario,” le informó Tristan. “Donde perdiste el conocimiento. Te revisé, sin embargo, y no hay nada de qué preocuparse. La herida en tu cabeza podría necesitar puntos, pero tus heridas son leves.”

Hizo una pausa.

“Supongo que tu estado se debe a la falta de sueño o al uso excesivo del contrato,” dijo el Sacromontano. “De cualquier modo, con algo de descanso estarás de pie en uno o dos días.”

No tengo un día o dos, pensó ella. Cuanto más tiempo diera a Augusto Cerdan, mejores serían las probabilidades de que de alguna forma lograra escapar de esto. ¿Y qué pasaría si él intentara llamar a su duelo mientras ella no estuviera en condiciones de luchar? Sin embargo, ninguna de estas cosas era asunto de Tristan.

—Gracias —gruñó Angharad—. Por la ayuda.

—Dale las gracias a Yong —se encogió de hombros Tristan—. Es su herbero lo que usé para desinfectar tus heridas y lavar tu rostro. Es la cosa barata del Distrito Estebra, por lo que está a medio camino entre alcohol de grano.

El Pereduri olfateó el aire, frunciendo el ceño. ¿Eso era menta?

—Qué sustancia más odiosa —compartió Tristan—. Pero te recomendaría tragar un par de tragos del frasco para estar lista para caminar, de todas formas.

Angharad comenzaba a reconsiderar su suposición de que él fuera un médico. O, al menos, uno competente. Podría haber sido como esos doctores de a bordo de los barcos que ella había oído mencionar, cuya única remedios consistían en cerveza de maíz y ron. Sonriendo, el hombre se alejó y fue reemplazado por un rostro familiar: Lady Ferranda Villazur, que lucía desgastada y con los ojos enrojecidos. La noblewoman le extendió una mano.

—Levántate, Lady Angharad —dijo Ferranda—. Cuanto más pronto lleguemos al refugio, antes podremos descansar.

Ella tomó la mano pero se giró para mantener la mantilla sobre ella, ajustándola sobre los hombros después de que Ferranda la levantara. A pesar de estar vestida, sentía frío. Su visión se nubló por un momento, pero tras una profunda respiración, se encontraba bien. Lo suficiente para admirar la escena de las personas reunidas más abajo en las escaleras. Una pareja desgastada de mediana edad era la más alejada, el hombre cargaba sobre su espalda a una anciana con una pierna destrozada. Sobre ellos, un anciano se apoyaba contra la pared, y luego había algunos que reconocía por nombre: Lan, el gemelo restante con los labios azules, y Yong, el soldado a quien debía agradecerle por el uso de su bebida.

No había señal de Sanale, una ausencia que hizo que su corazón se aprisionara en solidaridad con Ferranda, y la última sería — Angharad se quedó congelada, luego comenzó a buscar una espada que ya no tenía. Un vacío, tenían un vacío entre ellos. ¿Habían hecho un pacto con los cultistas como Tupoc? La mitad de los demás inmediatamente tensaron sus armas hacia ella.

—Ella no es una oscura —dijo Yong, con tono sereno.

—Puede hablar por sí misma —siseó firmemente Sarai —porque solo puede ser ella—. Creo que su familia son marineros, Lady Tredegar, así que debería saber el nombre de Triglau.

Los hombros de Angharad perdieron algo de tensión.

—Las colonias del norte —dijo lentamente—. Son del pueblo que está debajo de las Puertas Rotas.

—No tan rotas, antes de que llegaran tus gentes —respondió Sarai con frialdad—. Como muchas otras cosas.

Angharad tosió en su mano, avergonzada. En verdad, conocía poco de Triglau, pues los viajes de su madre habían sido hacia el este, no al norte, pero sabía algunas cosas. Por ejemplo, Triglau era el nombre de los interminables jefatos menores y de los propios habitantes de esa tierra. A diferencia de los de Malan, nunca habían superado sus raíces tribales.

—Disculpen mi descortesía —dijo Angharad, con torpeza—. Les aseguro que no todos en las Islas creen que la esclavitud sea malvada.

—Qué magníficas noticias —replicó Sarai con una sonrisa cortésmente salvaje—. La mitad de los Malani que he conocido me han asegurado lo mismo. No hay duda, en unos días se terminará el comercio de esclavos.

Hubo un largo y silencioso trecho de silencio, vacío y desolado. Luego, Tristan soltó una carcajada que fue cortamente transformada en una tos.

“Acabo de atender sus heridas, Sarai, no la asesines justo después,” dijo. “Es muy descortés de mi parte perder tiempo.”

“El tiempo que estamos desperdiciando,” afirmó suavemente Lady Ferranda. “¿Qué tal si nos ponemos en marcha en lugar de chismorrear como urracas?”

“Por fin, ¡maldita sea!” masculló el hombre de mediana edad que se encontraba debajo. “¿Qué tan ligera crees que sea ella?”

Indicó con la mano a la anciana que llevaba a cuestas, a quien Angharad recién ahora notaba con un ojo cubierto por un vendaje, oculto tras gafas rotas.

“Felis,” reprendió la mujer a su lado.

“He estado comiendo muchas croquetas,” admitió la anciana, con una sonrisa de satisfacción.

Una sonrisa de diversión se extendió, disipando la tensión anterior. Tristan y Sarai tomaron la iniciativa — ella, solo ahora, notó que el Sacromontano cojeaba y uno de sus botines estaba envuelto en vendas — para comenzar la ascensión. Angharad fue tirada hacia adelante por Lady Ferranda, que se acercó a su lado. La otra mujer se inclinó en silencio.

“Quédate en el buen lado de Sarai,” susurró. “Está muy unida a Tristan, y él era el favorito de Yong incluso antes de que todos llegáramos a deberle algo.”

Angharad asintió lentamente. Luego, vaciló, sin estar segura de si debía preguntar algo. Ferranda se percató y su rostro se tensó.

“Sanale fue atrapada por el airavatán,” dijo con firmeza. “Casi todos morimos a causa de él también.”

“Mis condolencias,” añadió la noble de piel oscura.

Una frase hecha, pero sus palabras estaban llenas de sinceridad. Los sirvientes que habían estado contigo durante mucho tiempo eran como familia, y Lady Ferranda claramente sufría por la pérdida. Ella asintió, con un ligero desdén.

“¿Qué ocurrió para que terminaras sola e inconsciente en las escaleras?” preguntó. “Pensaba que ibas a quedarte con los demás.”

“Augusto Cerdan asesinó a su lacayo para huir de los lupinos con más rapidez,” respondió Angharad de manera categórica. “Por supuesto, lo desafié a un duelo de honor.”

Los ojos de Ferranda se abrieron de par en par.

“Por supuesto,” repitió ella, aunque su voz sonaba algo extraña.

“Como consecuencia, cuando más tarde nos encontramos con una emboscada de Tupoc Xical y el culto del Ojo Rojo, nos traicionó en un intento de deshacerse de mí mientras huían,” continuó. “Al hacerlo, también condenó la vida de Isabel, el Maestro Cozme y su propio hermano.”

Su conversación fue interrumpida por Tristan, que se adelantó, dejando a Sarai al frente, y desaceleró para mantenerse justo delante de ellos.

“¿Todos estos fueron capturados por los cultistas?” preguntó, sorprendido.

Aunque Angharad sintió molestia por su presunción de forzar su entrada en la charla y también por la tácita admisión de que había estado espiando, apretó los dientes para no responder con brusquedad. Ella le debía gratitud por su actitud.

“No,” respondió con firmeza. “Hasta donde sé, solo Briceida, una de las doncella de Lady Isabel, fue capturada. Intenté ralentizar al enemigo antes de despistarlos, pero me hice algunas heridas en el proceso. Los demás huyeron y perdí sangre. Luego tú me encontraste en las escaleras.”

No era razonable, se recordó Angharad, sentir que la estaban abandonando por eso. Ella casi les ordenó que la dejaran atrás. Y aún así, no era justo. No seas infantil, se ordenó a sí misma. Tristan y Ferranda parecían escépticos ante la implicación de que sus heridas menores la hubieran dejado tan indefensa, pero ambos dedujeron que la verdad completa tenía que ver con un contrato, y no insistieron en el asunto.

“No eres la única que enfrentó a Tupoc y sus hombres,” le dijo Lady Ferranda. “Lady Inyoni también perdió a uno de los suyos por él.”

Esa fue una noticia triste, pero no carente de un lado positivo. Ella no carecería de aliados cuando clamase por que colgasen al traidor y a su camarilla.

«["He traicionado a uno de sus subordinados", dijo Angharad con evidente rechazo. "Vendió a Leander Galatas a los hollows cuando se quejaron de que habían entregado muy pocos a sus manos." ]»

La ceja de Tristan se frunció ante la noticia. ¿Había sido amigo del hombre?

«["Está quemando demasiados puentes", afirmó el escuálido Sacromontano. "Debe tener algo bajo la manga para pensar que saldrá impune".]»

«[Entonces, terminémosle antes de eso", propuso Angharad. "Debería comparecer ante un tribunal formado por el resto de nosotros en cuanto cruce el umbral del santuario, ¿no estás de acuerdo?]»

Las reacciones fueron exactamente opuestas a lo que ella esperaba: el rostro de Tristan mostró cierto entusiasmo ante la idea, mientras que Ferranda lo cerró. Pensaba que la infanzona sería más audaz y que el hombre sería más cobarde. ¿Por qué si no habría intimidado solo a los más débiles?

«[Quizá no sea tan sencillo", advirtió Lady Ferranda. "La Prueba de las Ruinas podría obligarnos a actuar de otra manera".]»

Espero colaborar contigo en la segunda prueba, Lady Tredegar", sonrió el traidor de ojos pálidos desde arriba. El vientre de Angharad se retorció de furia. ¿Habría hecho todo sabiendo que podría zafarse de las consecuencias?

«¿Cómo?», preguntó.

¿Cómo podría engañarlo para que se atragantara con su propia treta, y cómo lograr que él se ahogara en su mismo truco?

«Esa conversación puede esperar hasta que llegemos al santuario», respondió firmemente Ferranda. «El siguiente paso puede esperar hasta que cumplamos con este».

Angharad hizo una mueca de disgusto, pero no la contradujo. Tristan volvió a liderar y, tras que los Pereduri vieron en el rostro de Ferranda la expresión de dolor cuando preguntó sobre cómo su grupo cruzó el río, ella dejó la cuestión de lado. En su lugar, preguntó qué aún se interponía entre ellos y las linternas amarillas, un cambio de tema que la infanzona aprovechó con entusiasmo. Resultó, embarazoso, que Angharad había colapsado a menos de una hora del final de la prueba. Subieron por las escaleras irregulares, y luego por otro túnel de piedra desnuda que se adentraba en la montaña.

Las vigas que sostenían el techo para evitar su desplome eran de madera o de hierro, pero a diferencia del vallado anterior, estaban en buen estado. La Guardia las mantenía en orden excelente.

«¿El laberinto está dentro de una caverna, entonces?», preguntó Angharad.

«Es así en la misma medida que Vesper es una caverna», afirmó Ferranda. «Lo comprobarás».

No tardó en hacerlo. El túnel terminaba abruptamente en una escalinata escarpada y tallada, pero casi no prestó atención a esas. El viento soplaba y amenazaba con apagar sus linternas, pero no las necesitaban para ver: del techo de la gigantesca cámara subterránea colgaban grandes fragmentos de oro que emitían un resplandor espectral, moviéndose lentamente como si fuera la más grande cuna móvil del mundo. Debajo —y juntos— se extendía la Prueba de las Ruinas en toda su grandeur.

Primero, un fuerte rodeado por linternas amarillas, bastiones en ruinas custodiando una puerta de hierro maciza en medio de columnas de piedra que alcanzaban el techo. Pero lo que estaba más allá la dejó sin aliento: una ciudad de templos y mausoleos destruidos. Era como si un espíritu desquiciado hubiera robado mil templos y sepulcros antiguos y los arrojara en un montón desordenado que llenaba toda la cámara, formando un laberinto de lo perdido y lo sagrado. Angharad no vio camino visible arriba, como si intentara escalar una montaña dentro de otra. Tendrían que atravesar el laberinto para llegar al otro extremo de la sala, no rodearla.

Detrás de ella *سجل* respiraciones entrecortadas y casi la hacen tambalearse, el anciano calvo sin dientes miraba la escena con una asombrosa maravilla. Parecía más vivo que nunca.

—Es cierto, entonces —suspiró Francho—. Templos de islas en medio del Mar Trebiano, todos traídos aquí por la mano de algún dios.

—¿Este lugar es conocido? —preguntó Angharad.

—En ciertos círculos —evadió el anciano—. Se dice que la Guardia encierra en el Dominio a los dioses que son demasiado peligrosos para dejarlos libres, aunque el rumor carece de plena

credibilidad.

El anciano se metió un dedal de goma en la boca, pensativo. Angharad fue lo suficientemente cortés como para no arrugar la nariz en señal de desagrado.

—El alcance de esto parece incluso más allá de ellos —dijo Francho.

Angharad no pudo más que coincidir, pues aquí deben haber cientos y cientos de ruinas: ¿cómo podía un grupo de hombres haber llevado esas estructuras dentro de una montaña hueca a través de esas escasas escaleras que anteriormente habían subido? No sería prudente bloquear el paso, así que la Pereduri comenzó a descender por las escaleras de piedra. Por fortuna, estaban secas, pero la pendiente era empinada y sin barandilla alguna. Angharad se cuidó al bajar, hasta que finalmente llegó a un suelo plano y firme. Esperó allí junto al vanguardista hasta que el resto de la compañía se pusiera a su alcance, los ojos atentos a la superficie uniforme de piedra que se extendía delante de ellos, guiando directamente a la antigua fortaleza rodeada por faroles amarillos.

Santuario.

Sólo avanzaron después de que todos se hubieran reunido, aumentando el ánimo de seguridad por tener la vista puesta en la estructura. La fortaleza era un complejo extenso, con forma de un cuadrado de altas murallas y baluartes puntiagudos asomándose en las esquinas. Además, era medio en ruinas: partes de los muros estaban colapsadas y sólo dos baluartes permanecían intactos. Había faroles en las almenas más allá de los amarillos exteriores, y en su resplandor se podían distinguir las siluetas de hombres cubiertos con capas negras, armados con mosquetes. La entrada era una muralla derrumbada, custodiada por un par de vigías que mostraban poco interés al ver la comitiva acercarse.

Uno de los dos, una mujer alta con apariencia de Sacromontana, los contó en voz alta.

—Diez, ¿no? —reflexionó—. Quizá este año no será una pérdida total. Con los otros dentro, deberán tener las cifras para el laberinto.

El otro vigía se rió de sus palabras.

—Entra —les indicó—. Ahora están oficialmente bajo protección del santuario, tras haber completado la Prueba de las Líneas. Felicidades.

Hubo una pausa.

—Delante hay comida caliente y provisiones.

Ningún grado de rudeza hubiera impedido una oleada de alegría tras recibir esa noticia.

—Si desean retirarse bajo nuestra protección, busquen al teniente Wen —les dijo el vigía.

—Gracias —respondió Yong.

Después de una inclinación cortés, el Tianxi fue el primero en atravesar la delgada puerta, seguido por los demás en fila. Angharad era la quinta y avanzaba con paso ligero: quería ver cómo le había ido a sus compañeros sin ella. Sin embargo, cuando se dispuso a entrar en la fortaleza, la guardiana del par se detuvo, poniendo una mano en su brazo. Angharad la miró con desdén ante esa presunción.

—¿Angharad Tredegar? —preguntó la alta Sacromontana.

—Correcto —respondió con frialdad.

La expresión de la vigía se iluminó.

—Muy bien, empezábamos a preocuparnos de que no pudieras llegar —dijo—. Habrá una Malani con una belleza desproporcionada junto a los hornos, sargento Mandisa. Tú debes ir a ella.

Angharad parpadeó.

—¿Puedo preguntar por qué?

"Porque a todos nos gusta el brandy," respondió la otra mujer secamente. "Adelante, entonces."

Sorprendida por aquella respuesta absurda, Angharad obedeció y alcanzó a Franchi al entrar en un gran patio interior. Era, como pudo observar, el corazón palpitante de aquel fortín en ruinas. Un amplio espacio de baldosas agrietadas conducía hasta la muralla de fondo y a la enorme puerta de hierro incrustada en ella. Casi todos parecían haber hecho allí su hogar, incluido el Guardia: los capa negra habían ocupado un viejo cuartel a la izquierda, con sus ventanas tapiadas y rayas de pintura oscura que señalaban que esa zona estaba fuera de límites. Además, unas escaleras subían hacia uno de los bastiones aún en pie, en la cima del cual colgaban grandes linternas y alguien parecía haber instalado equipo astronómico.

En el lado opuesto del patio, el Guardia había construido con viejos establos varias pequeñas «habitaciones»: pesebres con tablas como techo y cortinas colgadas como puertas. Sería una ilusión tenue de privacidad, pero aún más de la que Angharad había disfrutado en semanas—meses, incluso, moviéndose entre barcos y posadas desde que dejó las Islas. Más atrás, se alzaba lo que parecía una mezcla entre aserradero y herrería, utilizado únicamente por un robusto centinela que cortaba leña; pero lo que llamaba la atención de Angharad no estaban en los lados del patio, sino en su corazón mismo. Mesas dispuestas en un círculo informal rodeaban una improvisada cocina, con un horno de ladrillos precarios y una cocina de brasa.

Y, levantándose de una de las mesas a la derecha, dejando de lado los tazones humeantes de estofado, estaban los compañeros con quienes se había separado.

"¡Angharad!", llamó Isabel, corriendo hacia adelante.

La belleza de cabello oscuro atravesó a toda velocidad a Tristan y Sarai, apenas frenándose para lanzarse en medio salto al abrazo de Angharad. Sorprendida pero encantada, atrapó a la infanzona por la cintura y la sostuvo en alto para evitar que ambas fueran derribadas por la inercia. Isabel se

rió mientras giraba y la colocaba en el suelo, sonriendo de oreja a oreja.

"Sabía que llegarías," dijo ella. "Simplemente lo sabía."

"Fue una situación muy ajustada," reconoció Angharad. "Si no hubiera sido encontrada por nuestros amigos aquí, podría haber muerto en esas escaleras."

"Entonces, debo agradecerles profundamente," afirmó Isabel.

Se puso de puntillas para ver por encima del hombro de Angharad, sonriendo ampliamente a quienes estaban allí —la mayoría del equipo con el que había llegado— y sin moverse mucho de su cintura, que aún sujetaba en un abrazo. Notablemente, para Angharad, en todo caso. Con poca intención, se liberó de Isabel solo para ser rodeada nuevamente por los demás. El maestro Cozme le estrechó la mano, felicitándola por su 'audaz escape' y hasta Remund se permitió una sonrisa sardónica para decirle que le alegraba que todavía estuviera con ellos. Brun se limitó a asentir, aunque sonreía, y Song inspeccionaba y suspiraba con atención.

"Pareces haber gateado por la tierra," comentó la Tianxi con tono molesto.

"Eso hice," respondió Angharad de manera seca.

"Entonces, te cedo mi lugar en la fila para usar la tina," le ofreció Song. "Sería un crimen no hacerlo."

Reconociendo la ternura en aquella oferta, Angharad soltó la chispa de irritación que había empezado a subir. Song era, si no una amiga aún, al menos una buena compañera. No debía negarse un poco de atención. Su mirada se desvió, pues todavía buscaba a Beatris, y observó a los otros supervivientes del Bluebell reunidos alrededor de las mesas. Algunos se habían levantado para saludar a quienes ella conocía, pero otros simplemente miraban con interés. Tupoc y sus traidores supervivientes, Acanthe Phos y Ocotlán, estaban apartados del resto.

Como Augusto Cerdán, quien se levantó con el rostro pálido al encontrarse con su mirada.

— Está bien, está bien — exclamó una voz con alegría. — Ya basta, mis corderillos. Ya no estamos alimentando el fuego bajo la olla, así que este guiso solo se enfriará más.

Angharad apartó la vista de Augusto hacia la nueva voz, encontrando a una mujer que debía ser la sargenta Mandisa. Los ojos verdes de la sargenta estaban enmarcados en un rostro de pómulos altos, con piel oscura y brillante, y era incluso más alta que Angharad —que, de por sí, era mayor que la mayoría—. Ni su capa negra ni el uniforme que llevaba debajo lograban ocultar la voluptuosidad de sus curvas, que parecían completamente incontrolables. Generalmente hermosa, sin duda alguna. Angharad habría esperado ver una belleza así en la corte, no en las profundidades de esta maldita isla.

— ¿Sargenta Mandisa? — preguntó.

— Yo soy — respondió con facilidad. — ¿Por qué lo pregunta?

— La vigilante del portón me dijo que—

Fue interrumpida por un hombre que pasó junto a ella y colocó bruscamente un baúl de madera sobre la mesa más cercana, el golpe hizo que los que estaban cerca se sorprendieran. Luego dejó una botella de hierba verde junto al baúl y miró a la sargenta Mandisa. Ella se enderezó y golpeó con su palma la mesa.

— Silencio — gritó. — Silencio para la oficial.

Dado su aire de alegría anterior, la repentina autoridad los hizo calmarse en cuestión de momentos. Los ojos de la noblewoman se dirigieron al hombre que seguramente era el oficial y todos lo miraban en silencio, observándolo.

Era un hombre corpulento, con aspecto Tianxi, casi de la misma estatura que Angharad, pero con un vientre enorme que apenas cabía en su chaqueta y chaleco negros, sujetando la tela sobre pantalones que llegaban a la cintura. Muchos guardias portaban bandoleras cruzadas, pero él las llevaba como correas. Debería parecer ridículo, un hombre grueso en un uniforme ajustado, pero la confianza en su porte disipaba esa idea en su interior. El oficial rebuscó en su abrigo, sacando un par de gafas con aros dorados que cuidadosamente desplegó y se colocó en la nariz. Su mirada atravesó los cristales, haciendo que más de uno se enderezara.

— Mi nombre es teniente Wen — dijo. — Compartimos el mando de la guarnición del Fuerte Viejo con el teniente Vasanti, a quien, si tienen mucha suerte, tal vez vean pasar alguna vez. Ella no se interesa particularmente por las personas, siempre que queden restos de carne en los huesos.

Sonrió, aunque no con mucho gusto.

— La mayoría de ustedes ya conocerá a la sargenta Mandisa, — dijo el teniente Wen, señalando a la mujer a su lado — para que recuerden su rostro, pues ella ha sido encargada de atender sus necesidades y decidir si alguno debe ser ejecutado por infringir nuestras normas, que son muy, muy simples.

La sargenta Mandisa, aún sorprendentemente atractiva con su capa y abrigo negros, les hizo un gesto con la mano acompañado de una sonrisa encantadora que debería hacer florecer las flores. El teniente Tianxi levantó tres dedos, luego los fue doblando uno a uno lentamente.

— Uno, mantenerse fuera del lado izquierdo del fuerte. Es decir, la guarnición, la fortaleza y el depósito de suministros — dijo el teniente Wen —. Si no, serán inmediatamente...

— Ejecutados — concluyó alegremente Mandisa, imitando con los dedos la culata de una pistola y apuntando a Tupoc.

El azteca tuvo la audacia de guiñar un ojo en respuesta.

— Dos, — continuó el teniente Wen, doblando otro dedo — si alguno de ustedes realiza un pacto con un dios en las ruinas, debe reportarlo inmediatamente al regresar al santuario. Si no...

“Disparo”, proporcionó útiles las palabras del sargento Mandisa, golpeando su puño contra la palma de su mano.

¿Habían practicado esto, se preguntó Angharad? Seguramente.

“Y tres”, dijo el teniente tarado, quitándose la mano, “no se permitirá matar a ninguno de ustedes dentro del espacio delimitado por los faroles amarillos. Como extensión particular de esto, si alguno decide abandonar las pruebas y ponerse bajo la protección de la Guardia, cualquier intento de violencia contra ellos será respondido con la muerte más lenta y creativa que podamos idear”.

Volvió a sonreír, aún menos amigable.

“Tenemos un artesano de la Sociedad Umuthi por aquí, y la verdad es que esto se vuelve tremendamente aburrido”, dijo el teniente Wen. “Así que pueden apostar a que será todo un espectáculo”.

Luego, el hombre de capa negra aplaudió con las manos, sorprendiendo a algunos de los que tenían poca valentía en su grupo, y deslizó los pulgares dentro de su cinturón.

“Reglas simples, como mencioné, pero no digan que no soy un hombre complaciente”, añadió el teniente Wen. “¿Alguna pregunta?”

Angharad aclaró su garganta, dudando si debía levantar la mano o no. El Tianxi le dirigió una mirada divertida, como si pudiera leer sus pensamientos.

“¿Y usted quién es?”, preguntó.

“Lady Angharad Tredegar”, respondió ella.

“Ah”, dijo el teniente, con tono cada vez más amistoso, “¡La sobrina del capitán Osian! Bien, bien. Aposté diez arboles a que llegarías al Juicio de las Hierbas, así que intenta no morir”.

“Haré... lo mejor que pueda?”, respondió Angharad con duda.

El hombre se echó a reír.

“Vamos, chica”.

Recuperándose, la Pereduri volvió a aclarar su garganta.

“¿Entiendo que a la Guardia le importa un bledo si se produce una muerte fuera del refugio?”, preguntó.

“Puedes matarte entre ustedes todo lo que quieran en ese laberinto”, afirmó el teniente Wen. “No lo recomiendo, dadas las circunstancias, pero aquí no estamos para echarles una mano”.

El Tianxi apenas prestó atención en ese momento, abrió la caja sobre la mesa y empezó a rebuscar dentro. Sacó un cigarro, lo llevó cerca y lo olió con evidente placer. Angharad disimuló su disgusto; su madre también los disfrutaba, pero compartía la opinión de su padre: el olor era simplemente insoportable. Alguien aclaró su garganta. Lord Ishaan, el hombre de mejillas regordetas del Someshwar Imperial. Lucía pálido y sudoroso en el cabello. Ni él ni su acompañante Shalini estaban en la misma mesa que Lady Inyoni y su sobrino, aunque habían llegado juntos.

“¿Cómo funciona realmente el laberinto?”, preguntó. “Aún no nos han informado”.

“Enviamos un destacamento la primera vez que llegasteis para comprobar qué pasajes están abiertos este año”, respondió el teniente Wen. “Regresarán en cualquier momento durante la noche, salvo que ocurra una catástrofe. Os llamarán a una asamblea a la mañana siguiente para explicar los detalles de la prueba”.

Luego, Tupoc Xical dio un paso adelante, llamando la atención de muchas miradas, aunque pocas amistosas.

“¿Podemos comenzar la prueba antes si queremos?”, preguntó el Aztlán.

El teniente Wen soltó una carcajada.

“Por aquí hay un acantilado desde donde pueden saltar”, dijo, “y así al menos nos ahorraremos tener que recoger su cadáver. Pero sí, Izcalli, pueden empezar antes si desean”.

Se lanzó más allá de las murallas, hacia otro agujero en la muralla.

“Ve hacia allá, el Santuario del León abre casi todos los años”, dijo el teniente Wen. “Y griten por ayuda si los atrapan, ¿de acuerdo?”.

Su sonrisa tenía un matiz cruel, iluminando su rostro con una chispa de malicia.

“No vendremos, pero atraeremos a otros dioses, así que tal vez mueras más rápido.”

Angharad empezaba a sospechar que existía una razón por la cual el teniente Wen había sido asignado a una guarnición bajo una montaña en una isla casi deshabitada, en medio de la nada.

“Gracias,” respondió Tupoc, luciendo completamente tranquilo.

Angharad comenzaba a odiar lo imperturbable que parecía ante cualquier cosa. Su mano ansiosa buscaba la hoja de un arma en su cintura.

“¿Alguna otra pregunta?” preguntó el teniente.

No tenían más, así que les recordó que podían pedir suministros al sargento Mandisa y los invitó a descansar hasta mañana — o al menos eso había comenzado a decir cuando Angharad se movió. Las preguntas estaban hechas, y la cortesía había sido respetada. Ella pasó junto a Shalini, confundida, y con una sonrisa en Lan, ignoró a Ocotlán cuando levantó los puños en señal de

lucha, y entonces Augusto Cerdán quedó frente a ella. Sin un rasguño en su cuerpo, salvo el brazo roto que ahora llevaba en un cabestrillo.

Él escupió una mueca y abrió la boca, pero Angharad le dio en el estómago con un golpe contundente.

Se desplomó, dejando escapar un jadeo de dolor, y en la multitud surgió un movimiento, haciendo espacio para ellos. Angharad buscó la mirada de Remund Cerdán entre la gente y él le correspondió con un leve asentimiento. Tras un breve instante de duda, hizo lo propio. En cambio, el maestro Cozme, que se encontraba junto al hermano menor, mostraba una expresión conflictiva. Tendría que confiar en que las órdenes de Remund y la traición previa inclinaban la balanza de las lealtades en la dirección correcta.

Decidió no buscar a Isabel.

“Como no te golpeé en el rostro, puedes considerarte no desafiado a un duelo,” le dijo Angharad a Augusto.

No le resolvió negarse a la oportunidad de golpearlo por tercera vez.

“¡Maldita sea,” siseó el infanzón.

“Augusto Cerdán, por la traición a mí misma y a otros tres ante cultistas del Ojo Rojo, te exijo que responds con la espada en mano,” replicó Angharad implacable.

Ella había prometido a Cozme Aflor que no provocaría a Augusto hasta la conclusión de la segunda prueba, pero seguía fiel a esas palabras. Que sea lo que diga el Pescador, Angharad no doblegaría su cuello ante los designios del mundo; podía sobrevivir sin sacrificar sus principios, y si eso implicaba pagar un precio, que así fuese.

“¡Ni siquiera tienes una espada!” protestó Augusto, dando un paso atrás.

Desde atrás se oyó un fuerte resoplido.

“Quizá la tenga yo,” dijo Song.

Los ojos del infanzón se dilataron de miedo mientras revisaba la multitud y no hallaba apoyo allí. Los hermanos Cerdán no habían hecho muchos amigos y Augusto había quemado puentes incluso con esos pocos. Se alcanzó a agarrar la espada, dándole a Angharad la excusa perfecta para avanzar y golpearlo otra vez en el abdomen, sujetándole la muñeca y haciendo volver la espada a la vaina. Ella le agarró del cuello y comenzó a arrastrarlo hacia la entrada del Antiguo Fuerte.

El terreno llano allí no se encontraba dentro del alcance de los faroles amarillos, por lo que no era refugio.

Augusto forcejeó, pero su brazo roto no le permitía hacer mucho y ella era más fuerte que él.

“Guardianes!” gritó Augusto. “¡Esto es un asesinato, ella viola las reglas — deben intervenir!”

Angharad se detuvo allí, porque si los guardianes intervenían, ella tendría que ceder. El teniente Wen, aún de pie junto a la mesa, los miró y raspó un cerillo en la superficie de madera. Lo acercó a su cigarro, tirando de él hasta que la punta quedó de color carmesí. Luego exhaló una bocanada de humo, arqueando una ceja por encima de sus gafas.

—No veo nada, señor— dijo el vigía. —¿Usted ve algo, sargento?

La sargenta Mandisa, soltando el tapón de la botella que había traído previamente el teniente, comenzó a servirse una copa del líquido ámbar que descansaba en el vaso de cristal verde.

—Ni una sola, señor— sonrió con gracia. —Y lo estoy intentando con mucho empeño.

El teniente Wen apoyó las manos sobre su abdomen prominente, ofreciendo una sonrisa cálida y amigable mientras los miraba a ambos.

—Por favor, déle nuestros saludos al capitán Osian la próxima vez que lo vea, Lady Angharad— musitó el Tianxi. —El ron y los puros han hecho mucho más soportable el servicio en la guarnición.

La sargenta Mandisa levantó en silencio una copa en señal de brindis por sus palabras. Angharad se encontraba entre el horror y la gratitud. La acción de su tío le liberaba para impartir justicia, pero también era evidente que había sobornado a esas personas. Incluso en el Bluebell, él tenía un amigo cuidándola en la tripulación. ¿Cuántos hilos había movido el tío Osian —y cuántos de ellos estaban torcidos?

Cuando asimiló que no vendría ayuda, Augusto soltó un sonido que era un gemido intentando convertirse en grito.

—¿Cómo te atreves?— balbuceó mientras Angharad lo arrastraba hacia adelante. —La Casa Cerdan—.

Intentó sacar su espada de nuevo, pero ella torció su brazo roto y logró cerrar la vaina con fuerza, mientras él gritaba.

—Te cazarán como a un animal— siseó Augusto— hasta los confines de la—.

A solo unos metros del brecha en el baluarte, ya podía ver el resplandor amarillo de las linternas en el exterior. La entrada al fuerte estaba bien iluminada, con linternas colgadas de las murallas, por lo que no había forma de que pasara desapercibido si una sombra la alcanzaba. Cruzando el suelo se deslizó, advirtiéndole de su llegada antes de que Tupoc Xical se presentara ante ella.

Entre Angharad y la salida.

Augusto volvió a resistirse, por lo que ella pisoteó su pie.

—¿Qué es esto, Xical?— preguntó con frialdad.

—Yo—sonrió el Azteca—, defiendo a los débiles.

La absurda declaración que acababa de hacer la hizo dudar. Lo suficiente para que Augusto lograra escurrirse de su agarre, y aunque ella lo hizo caer de rodillas con las manos en la tierra, vio a Tupoc empuñando su lanza segmentada y ella todavía no estaba armada. Sin embargo, no estaba sola. Detrás de ella, un arma de fuego ya estaba lista, ya que Song se había colocado a su izquierda, y a su derecha Brun le presionó algo en la mano—una espada recta, la misma que la de Song. El Sacromontano sostenía su hacha, y aunque sonreía con cierto tono tranquilizador, sus ojos permanecían fríos. Los dedos de Angharad cerraron la empuñadura, sintiendo su peso.

Era un poco más liviana de lo que le gustaría, pero serviría.

—Muévete—le advirtió Angharad Tredegar a su enemigo—o te moverán a ti.

Augusto rastegó hacia su protectora, y ella no se detuvo, pues ya sabía que no importaría. Desde el ángulo de su visión, la Pereduri observó que Ocotlán se desplazaba para flanquearlos. La multitud parecía reacia a intervenir, pero la escalada había erosionado su apoyo. Nadie deseaba un combate abierto.

—Por desgracia, creo que tendremos que guardar ese baile para otro día—le dijo Tupoc con nostalgia.

Un latido después, un fuerte clic resonó y piedras salieron volando tras el disparo al suelo entre ellos. Sobre ellos, en todos lados, los capuchas negras apuntaban sus mosquetes. El teniente Wen, con gesto molesto, pasó a su lado y giró para dirigir una mirada severa a todos. La sargenta Mandisa le siguió, apuntando con su arma la mayor escopeta que Angharad había visto jamás. Ya estaba cargada, y la Malani parecía demasiado ansiosa por usarla para sentirse segura.

“¡Basta,” ordenó. “Bájense las armas, todos, o los colgaré.”

Angharad apretó los dientes, aunque Tupoc hacía alarde de desmontar su lanza, con sus ojos pálidos brillando en señal de burla hacia ella. Sin embargo, el hacha de Brun cayó, y el hocico de Song se inclinó.

“Se acabó, Angharad,” suspiró la Tianxi de ojos plateados. “Por ahora, se salen con la suya.”

El teniente Wen la miró fijamente hasta que bajó su espada, y luego asintió con satisfacción. Observó a Augusto ofrecer agradecimientos sumisos a su salvador con desprecio. Al alejarse, el teniente con gafas se detuvo para darle una palmada en el hombro y acercarse. Su sargento lo seguía de cerca.

“Lo siento, Tredegar, pero Xical no es solo basura yiwu que vino aquí buscando presumir,” le dijo. “Está destinado a ser uno de los nuestros, como tú, así que eso ya no está en mis manos. Podemos jugar a favoritismos solo hasta cierto punto.”

La dejó allí, de pie, inmóvil en la tierra, enfrentándose a la cara alegre del sargento Malani.

“No pierdas la esperanza, pequeño cordero,” le consoló el sargento Mandisa. “Es muy fácil acabar con las personas en el laberinto, ¡así que tendrás muchas oportunidades!”

Angharad se preguntó qué significaba eso, que las palabras de aquella mujer excéntrica en realidad le alegraran un poco el ánimo.

---

Revision #1

Created 20 April 2026 09:29:07 by Michael Brown

Updated 20 April 2026 09:29:11 by Michael Brown